

XIX-4
22

ORACION INAUGURAL

PRONUNCIADA

EN LA SOLEMNE APERTURA DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE OVIEDO,

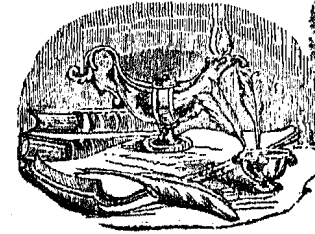
EN 1.º DE OCTUBRE DE 1849,

POR EL PRESIDENTE

D. Victoriano Guisasola,

*Doctor en Teología y Catedrático de Retórica y
Poética en el Instituto agregado
á la misma Universidad.*

Plus 547504



OVIEDO:

IMP. DE D. BENITO GONZ. Y D. DOMINGO GONZ. SOLIS.

1849.

La razon reclama con justicia cuatro cosas para el hombre: el derecho de las ideas y de las verdades primeras; el derecho de la esperiencia y de los hechos; soluciones fijas sobre las grandes cuestiones religiosas; finalmente un principio secundo de ciencia, de civilizacion, de prosperidad: por la fe, y solamente por la fe católica, obtiene la razon cuanto tiene derecho de reclamar.

MR. DE NAVIGNAN.



EXCULO SENOR!

CUANDO en medio de mi cortedad, y de que ya miraba como un alto honor ocupar la grada ínfima en el santuario de la ciencia, he sido deputado para dirigiros la palabra en este dia, mi espíritu se ha sobrecogido, y una gran turbacion ha venido á ocuparle. Volví los ojos á la sabiduria para contemplar su belleza, habiendo de tributarla mis elogios; y la he visto que cercada de hermosa luz, y entre arreboles de gloria, se arrebatava ya las atenciones públicas: que aspiraba á dilatar su imperio por toda la tierra; y que los hombres todos de todas las naciones se apresuraban á acogerse bajo sus pacíficos emblemas. No era un sueño..... Ha desaparecido en efecto aquella edad, en que la sabiduria, cual patrimonio exclusivo de ingenios eminentes, se esplicaba por oscuras sentencias y figuras enigmáticas; ya apartando los antiguos celajes, y adoptando nuevas y bellas formas, que embelesan la imaginacion y cautivan los sentidos, ha ensayado iluminar el orbe, estendiendo su influjo á la religion,

á la política, á la industria, á cuanto constituye la vida de las naciones.

Así las ciencias, que en época no muy lejana se deslizaban perezosamente hallando mil obstáculos que demoraban su marcha, han recibido maravilloso impulso, desapareciendo como por ensalmo cuanto se oponía á su rápido progreso. Vióse brotar de la fecunda pluma de millares de sabios en ese perfeccionamiento súbito prodigiosa variedad de doctrinas, que invadiendo el mundo científico, moral y político, han chocado entre sí: se han agitado como las aguas del proceloso Océano; y arrollando las añejas instituciones, no han sabido respetar la obra del Eterno, el alcázar indestructible de la santa verdad, donde mora la reina de las inteligencias.

¿Y no os parece, Señores, que es llegado ya el día de mirar esa religion divina como el último venerable asilo del pensamiento? cómo la solucion de todas las anomalías de la naturaleza exterior y del alma invisible? cómo un principio, que lejos de impedir (segun le ha sido imputado) los progresos de la razon y los vuelos del ingenio, comunica especial actividad al espíritu humano: fija y consolida las ciencias: imprime delicada belleza en las obras del genio; é hiciera que la ilustracion influyese de un modo positivo en la prosperidad pública? Esta bella alianza, esta armonía venturosa de la religion católica y de las ciencias, en que se garanticen los derechos de la sana razon y las preeminencias de la fé, es para el hombre reflexivo la necesaria ilacion de lo pasado y la suprema ley de lo futuro: ella debe ser objeto de nuestras meditaciones, el gi-

ro de los estudios que nos ocupen y el precioso lema de la enseñanza pública, si ha de augurar para la sociedad un porvenir halagüeño.

Recójase el hombre dentro de sí mismo para examinar los gustos é inclinaciones mas intimas de su alma; al punto conoce haber sido formado para la verdad, y que todos los razonamientos del escéptico no pueden ser otra cosa que sutilezas sofisticas y pomposas vaciedades. Así la historia de la filosofia viene á ser la historia de los trabajos emprendidos por el hombre para llegar á conocerse, para sondear los abismos de su inteligencia, para sorprenderla en sus operaciones secretas, y llegar hasta la raiz de sus conocimientos, hasta el último análisis de la certidumbre. En la variedad de sistemas filosóficos, que se han escogitado sobre este punto, dos principales banderas han tremolado: *idealismo y sensualismo*. Constituye el primero la esencia de la razon, sus derechos y primitivo poder en la idea puramente intelectual, por cuyo único medio el alma conoce la verdad, y la desenvuelve por su propia intima energia: el segundo, fijándose en las relaciones del alma con los objetos esternos, ha proclamado la esperiencia como único principio del conocimiento humano.

En una y otra escuela han brillado sin duda vastos y profundos ingenios, adheridos no pocos á la revelacion; mas ¿como dejar de imputarles un pernicioso exclusivismo? ellos han dividido violentamente las facultades del hombre para cifrar en una sola todo el vigor de la razon y de la filosofia; como si al hombre no le fueran esenciales en un mismo grado la fuerza esperimental y sensible, y la es-

piritual intuición de la verdad! «Yo pienso; luego existo» dijo Descartes para levantar de nuevo melódicamente sobre este principio de indemostrable evidencia el edificio de nuestros conocimientos; pudiera haber dicho: *pienso y existo*; como dos verdades simultáneas igualmente dictadas por nuestra conciencia íntima: la primera, del mundo lógico ó del pensamiento; la segunda, del experimental ó de los hechos: aquella, resolución última de la evidencia metafísica; esta, de la histórica ó moral. Solo así combinándose los dos elementos empírico é idealista, se tendrá la verdadera naturaleza del alma, la primera fuerza de la inteligencia, las condiciones y derechos legítimos de la razón. ¿Acéptanse únicamente los de la idea pura? hay gran peligro de abismarse en el golfo de las abstracciones: se prefieren los de la experiencia? se ve encorvada la dignidad del espíritu bajo el yugo de los sentidos y de los órganos. Han tocado respectivamente estos extremos la filosofía materialista del último siglo, y la escuela alemana, que en el actual se precipitó en los abusos del mas exagerado idealismo.

La cristiana revelación, empero, garantida por incontestables hechos de la omnipotencia, mostrando sus dogmas en admirable armonía con la observación psicológica de la humana inteligencia, pone el cimiento á la mas sana filosofía, consagrando en beneficio de la razón la necesidad de unirse estrechamente á ciertas primeras verdades, ya de espiritual intuición, ya históricas ó experimentales: verdades, que llevan en si mismas paladina evidencia: que son como los derechos constituidos de la razón, y como la áncora de salud, que la libra de agitarse

perpetuamente en el Océano de la incertidumbre.

Progrese, pues, la filosofía, trabando en estos primeros anillos la cadena de sus verdades: adelántese por el campo de sus investigaciones: engólfese en los misterios de la naturaleza; y afánese por esclarecer los arcanos del mundo, que el soberano artífice «entregó á la humana controversia;» (1) mas cuando hubiere salvado los límites de su actividad, cuando ella se viere en una region inmensa, llena de precipicios, cubierta de impenetrables tinieblas, donde las verdades naturales solo despiden una luz fosfórica, que seduce la razón y la espone al extravío, deténgase: espere los rayos de la luz divina; y sean sus pasos tímidos y circunspectos, como los del viajero, que el poeta nos describe atravesando negras selvas al tenue reflejo de la luna, que á su vez interrumpen las opacas nubes. (2)

Tal es, Señores, el hombre bajo la influencia de la luz consoladora de la fe: luz escasa, y cuando el corazón, abrasado por las pasiones, envía á la region intelectual tenebrosos vapores, vacilante; única, sin embargo, que puede iluminarnos en las investigaciones oscurísimas sobre la esencia y atributos de la divinidad: sobre la naturaleza, origen y destino de nuestra alma: sobre los vínculos y relaciones, que la ligan con el ser supremo; y sobre mil otras cuestiones filosófico-religiosas de un interés capital, que han sido el escollo de la filosofía, siempre que en su altivez ha sancionado la absoluta soberanía de la razón humana.

(1) Eccles. 13. v. 11.

(2) Eneid. Cant. 6.º v. 270. y sig.

¿Qué há sido esta en efecto cuántas veces ha querido abandonar la doctrina revelada? Si á la filosofía pagana me dirijo, la veo lanzarse con paso trémulo por todas las sendas en busca de las verdades primordiales; pero la sensacion y el raciocinio fracasau en la empresa: el escepticismo gana terreno; y ya desfallecida se entrega en los brazos del eclecticismo para morir. Levántase de nuevo en el siglo diez y seis el estandarte de la rebellion; y los sectarios de la decantada reforma comienzan á blasonar de defensores acérrimos de la razon oprimida; ¿qué ha sido para ellos la razon emancipada? «*un principio de destruccion y no de edificacion*»: precisamente como la titula el primer corifeo del impio filosofismo.

(1) La fuerza de una lógica irresistible la hizo pasar del protestantismo al deismo, de este al materialismo, de este al ateismo, del ateismo al panteismo, del panteismo ¿no la veis caminar á paso veloz al insondable báratro del universal escepticismo? Ni absurdo, ni delirio, ni estravagancia alguna ha sido imaginable en religion y en filosofía, que invocando la razon, no haya salido del cerebro de hombres visionarios agitado por el espíritu de vértigo. Solamente aquella filosofía, que en medio de tales aberraciones permaneció aliada de la revelacion, supo conservar su propia dignidad y sus derechos. ¿Ni en qué podría la Religion menoscabarlos? Son de origen altísimo, es verdad: derechos muy sagrados: derechos ciertamente divinos los que la razon ostenta; pero á menos que se diga haberlos ella obtenido para hacer la guerra al Dios de quien emanan, no

(1) Pedro Rayle: Véase á Valsechi, *Trat. de las fuentes de la impiedad*.

rehuse el asenso á los dogmas que él revela; si los admite, si de ellos partiere con igual seguridad que de principios indemostrables, no tema la razon haber sacrificado sus derechos; entonces cabalmente hace de ellos el uso mas legitimo; porque el obsequio que la fé le pide, es eminentemente razonable.

Ofrécele misterios..... y qué importa? misterio debe de ser para ella todo cuanto se aparta de la limitada esfera de su accion: cuanto va lejos de su ojo inteligente: mas allá de los términos naturales de la esperiencia y de la idea, mas allá de las leyes todas de la evidencia, donde la verdad posee las inmensas regiones de lo invisible, de lo infinito, de lo impetrable: la misma razon vislumbra tanto mas aquel inmenso campo, cuanto con mayor intension ejercita sus potencias en investigaciones profundas; porque «las ciencias, como ha dicho Pascal, tienen dos extremos que se tocan: primero, el de la pura ignorancia, en que se hallan los hombres cuando nacen: segundo, al que se ven reducidas las grandes almas, que habiendo recorrido todo lo que los hombres pueden saber, hallan que nada saben,» ¿Negariamos, pues, aquello que es evidente, porque no pueda comprenderse lo que está oculto bajo de un velo misterioso? ¿irían por tierra dos verdades suficientemente probadas; porque aparezca imposible conciliarlas? ¿invocaríamos la máxima: «*un hombre de juicio no debe creer aquello que no comprende*»?

Esto dijo en medio de la Francia el apóstol mas venerable del deismo; (1) y repetido con entusias-

(1) J. J. Rousseau.



mo por espíritus fascinados de su elocuente especiosa doctrina, que se multiplicaron como las arenas de la mar, ha resonado en los ángulos de la Europa; y aun parece retumba en el orbe literario el ruido confuso de sus ecos. No ha habido máxima mas seductora, ni halagada con mayor ahinco por el orgullo natural de la humana razon; pero tampoco la ha habido mas fecunda en absurdos y extravagancias, y que mas vulnerase los derechos de esa razon misma, en cuyo obsequio era invocada. Cuantos ingenios eminentes han ilustrado las ciencias naturales en estos últimos tiempos: los que han pasado la vida observando el mundo físico para conquistar sus secretos, ó ideando hipotéticas teorías para explicar sus fenómenos, han confesado en él arcanos inaccesibles á la mas perspicaz inteligencia; pero estarían muy lejos de presumir de *hombres de juicio*, si por incomprensibles los negasen. A vista de un simple grano de arena han tenido que pararse cogitabundos y le han reconocido misterio impenetrable: ni Nêwton, ni Descártes, ni Gasendo pudieran fundadamente lisonjearse de haber llegado á conocer la esencia íntima de la materia que le compone, de haber prestado solución razonable á la cuestion de su divisibilidad hasta lo infinito, ó solo hasta cierto punto, ni de haber explicado de un modo satisfactorio el principio de gravitacion que le determina hácia su centro: ve el naturalista en la diminuta semilla formado ya un árbol de prócer magnitud; y este árbol se ha de multiplicar sin término por medio de otras semillas que produce: ¿és posible, se pregunta á sí mismo, que un sin número de árboles completamente or-

ganizados, con todas sus ramas, hojas, frutos, raíces y tronco se hallen envueltos ya en ese grano de tan pequeño volumen? pero no hay menor dificultad en concebir ¿cómo la sábia, que nutra y vivifique ese árbol, haya de hacer brotar nuevas semillas, que á su vez germinando produzcan otros árboles de igual especie? A la humana inteligencia ¿no le es dado comprender estos y semejantes arcanos? tened el mundo físico por ilusorio fantasma; ó ya no os tituleis *hombres de juicio*.

¿De qué modo se organizó y animó el admirable mecanismo de nuestro cuerpo? ¿como el alma, siendo un espíritu, percibe las afecciones de los sentidos y del cerebro, é imprime á los miembros corporales determinada accion? El profundo talento de los Descártes y Leibnitzes ¿ha sido impotente para explicar estos enigmas? haced ya problemática la realidad de vuestro ser; ó renunciad al dictado de *hombres de juicio*. Así los delirios del mas refinado escepticismo fueran la consecuencia lógica de la máxima del filósofo Ginebrino, ante quien, á pesar de todo su furor en declamar contra el ateísmo, aun la divinidad se aniquilara, toda vez que él no pudiera contraer al limitado círculo de su comprensión los atributos de un ente infinito.

No: la razon clama incesantemente que la palabra *misterio* no es sinónima de *quimera* ó *delirio*: que puede muy bien una verdad sobrepujar á su alcance, sin que por eso contradiga á las verdades demostradas: que lo palpable y lo corpóreo no ha de ser mas sublime que lo espiritual ó incorpóreo, ni mas incomprensible que el ser infinito, artífice y regulador de cuanto vemos. «Tener, como dice

»Bossuet, fuertemente asidos ambos extremos de la «cadena, aunque no se vea el medio, por el que se «continúa el encadenamiento»: ved aquí en todo caso el partido razonable á vista de dos verdades difíciles de conciliarse; pero que son evidentes en su línea. No pueden serlo para nosotros con evidencia metafísica los dogmas del cristianismo; pero tienen la evidencia moral, que resulta de las pruebas luminosas de credibilidad, que certifican el hecho de la revelación: la inteligencia del hombre estaba en su derecho para pedir esta demostración antes de someterse: la oyó: la concibió: la reconoció; y rindió justísimo homenaje á la verdad suprema.

Lejos pues de que la fé católica menoscabe los derechos legítimos de la filosofía; antes bien los afirma y consolida: lejos de que sus dogmas corten y detengan el vuelo del ingenio; antes bien le prestan nuevas alas para que se remonte á region mas sublime. Como el incrédulo, posee la luz de la razón el filósofo creyente, y de ella usa para recorrer la esfera de los conocimientos humanos: con ella progresa: va tal vez mas que el primero hasta tocar sus límites: avanzan mas allá; la razón del uno, destituida de auxilio superior, vacila, duda, se abisma en las tinieblas y desfallece: la otra, iluminada por un destello de resplandores divinos, procede con seguro paso, y comienza á poseer pacíficamente en el vasto delicioso imperio de la verdad eterna, que ya por entre sombras despliega á su vista la mas encantadora perspectiva: cercada allí de fúlgida luz, si desciende luego al mundo material y de la inteligencia, ve esclarecerse muchísimos enigmas, que fueran el tormento de la vana filosofía; ni

se mira ya espuesta á las agitaciones del orgullo sofisticado, toda vez no pierda ella de vista la guía de la fé: como se fija y permanece inmóvil la aguja imantada cuando ha encontrado su norte.

Tal vez de esta inmovilidad, de esta sijeza, con que se establece la doctrina católica, y se conserva sin ceder un punto en medio de las vicisitudes de todo lo humano, se resienten espíritus bulliciosos, que apetecieran ver en el dogma y en la moral del catolicismo un progreso como los de la industria y la mecánica: «el espíritu cristiano, dicen, es un «espíritu de tolerancia y de paz; la buena armonía «requiere que cada cual haga ciertas concesiones; «ni hubiera cosa mas opuesta al triunfo tan deseado del cristianismo, que la exigencia rigurosa de «sus derechos, y la inmovilidad, en que se quisiera «mantenerle en medio del movimiento general. «El cristianismo necesita regenerarse para estar en «proporción con los progresos de la razón y las nuevas necesidades del linaje humano.» Así hablan con sacrilega audacia, quienes no han meditado el origen y fundamentos de esa religion augusta, ni tal vez han hecho de ella mas estudio, que el del catecismo de la infancia; mas al hombre instruido y pensador le bastan para desengaño los ensayos novadores de los herejes de todos los siglos; le basta el ejemplar aciago del protestantismo, en cuyo seno hormiguearon mil estrañas sectas, y le devoraron, como los gusanos á un cadáver! Y ¿porqué no habría de ser lícito á los Valentinianos lo mismo que á Valentino, y á los Marcionitas lo mismo que á Marcion: innovar la fé á su capricho? (1) Así

(1) Tertul. libr. de *præscript.* n. 42.

Lutero, Calvino, Zuínglio ¿pudieran señalar límites al espíritu reformista, sin que fundadamente se les acriminase de haber echado por tierra la tiranía de la iglesia para establecer sobre sus ruinas otra tiranía mas opresora? «¿Ni quién podría contenerse al ver »que un ladrón disgusta á Verres, un homicida á »Milon, un incestuoso á Clodio y un Cethego á Ca- »tilina?» (1)

La revelacion tenia por objeto poner coto á la vobilidad de la razon humana sobre las grandes cuestiones religiosas: ha propuesto la verdad al hombre; y la verdad, que ha emanado del mismo Dios, ha de ser una é inmutable como su autor y su tipo. Si con los sistemas progresivos de la humanidad, de la idea, del socialismo, el dogma revelado hubiese de cambiar de fases ¿qué habrían conseguido con la revelacion ni Dios, ni el hombre? ¿Dios, cuyo conocimiento, culto, leyes, previsiones eternas se verían sometidas á las variaciones de las edades, á la vicisitud de las opiniones, á la pugna caprichosa de los partidos y revoluciones humanas? ¿el hombre, cuya necesidad religiosa fuera entonces el juguete legítimo de todas las influencias y de todos los delirios pasajeros?

No repara en ello la orgullosa filosofía, é invocando *progreso*, se avanza en su marcha resbaladiza; ni la intimida el abismo en que se hunde, cuando toca ya el término de las aberraciones. Ofrece sacrilego incienso á una vana sombra de divinidad, que por un ciego fatalismo se transforma sin término ella misma: divinidad monstruosa, de que son

un pedazo cada uno de los seres del universo: que en una parte es decapitada, cuando en otra recoge laureles victoriosos: que en un sitio se abisma en el inmundo cieno, mientras se eleva en otro á la virtud sublime: que yace aquí sumida en calabozo lóbrego, cuando allá se remonta en las alas del viento: Dios infeliz, que á sí mismo se aflige; contra sí mismo blasfema, y de sí propio se venga: extraño monstruo incomparablemente mas horrible que las arpías y centauros de la fábula!

A tan quimérico Dios ¿qué otra religion pudiera serle análoga, que esa religion indefinida, gran trofeo del impío filosofismo, que hoy se imagina, como la antigua Roma, tanto mas religioso, cuanto que no desecha falsedad alguna? ¿esa religion ecléctica, universal, obtenida por la fusion monstruosa de todas las religiones exclusivas, en la que se enlazasen con vínculo de fraternidad bajo los auspicios de falsa tolerancia el sí y el no, cisma y unidad, deísmo y fé, panteísmo y cristianismo; aun el ateísmo? Si os parece, evocad de la tumba el espectro horrible del politeísmo, y salude á los otros dógmas con ósculo de santa paz y de alianza inviolable; pero no; que aun el politeísmo se ruborizaria de tener parte en un sistema de religion tan sumamente impío, extravagante y absurdo: en el delirio pagano, cuando menos las locuras y crímenes se hallaban repartidos en multitud de Dioses; aquí, en ese perfeccionamiento ilusorio, se vieran reunidos en un mismo y solo grado de aprobacion y de igualdad las contradicciones, los errores, las variaciones, las ignominias todas, cuanto los hombres hubiesen tenido á bien apellidar religion y culto.

(1) Juvénal *Sátir.* 2. 7. 16.

Así las antiguas herejías, nacidas del orgullo del hombre, eran lineamientos esparcidos, que han venido á fundirse en tipo mas completo; en una herejía que las abraza á todas: la deificación sistemática de la razon, que se proclama único verbo encarnado que sirve de intérpetre á Dios y de preceptor al hombre. ¡Hasta ese punto, á pretesto de vindicar exagerados derechos de la razon, ha querido llevarse en nuestra época el espíritu de paz y de tolerancia cristiana! ni es otro el significado de esa feliz regeneracion que se invoca, y de ese acomodamiento del cristianismo con los progresos de la civilizacion y de las luces!

No os deslumbren, Señores, tan bellas palabras; ni dejándoos pagar de ese exterior homenaje, que al cristianismo se tributa, depongais todo rezelo por la futura suerte de la religion de vuestra patria. La filosofía antireligiosa, impaciente en otra época, soplabla con violencia el fuego destructor de la revolucion; y el revolucionario era el filósofo práctico, á quien se confiaba la ejecucion de sacrílegos proyectos, que han fracasado: alicionada por la experiencia, adopta nueva táctica: «es sufrida, dice un intérpetre suyo; está llena de confianza en el porvenir: satisfecha de ver á la multitud, al pueblo, á todo el género humano en brazos del cristianismo, se contenta con alargarle pacíficamente la mano y ayudarle á subir todavía mas arriba.» (1) Paréceme, Señores, delineada aquí la triste perspectiva, que ofrecía el paganismo en los dias de su decadencia: el pueblo embebecido en un culto mag-

nífico y esplendoroso, que hablaba á su imaginacion, y en nada mejoraba su corazon estragado: los sabios, que esteriormente se acomodaban á los ritos idolátricos por no esponerse al fanático furor del pueblo, y porque necesitaban de la religion para sosten del edificio político; pero que en su interior despreciaban ese culto y solo abrigaban un sentimiento vago de religion, sin prácticas ni dogma fijo: la moral era patrimonio exclusivo de la filosofía, la que enseñaba en las academias máximas estériles, que á lo sumo inspiraban una virtud fastuosa. Si el hipócrita y sagaz filosofismo de nuestros dias continúa propagando sus doctrinas: si de acuerdo con la religion, la sana filosofía no trabaja con ahinco en oponerle un dique poderoso..... lo diré: veo, Señores, muy próximo el infausto dia, en que el mundo católico reproduzca á lo vivo la melancólica escena del mundo pagano: la fatal escena, que si fué para este la precursora de una revolucion feliz; será para aquel forzosamente el triste presagio de una gran catástrofe! Mas dejemos á un lado previsiones tal vez ajenas de mi corta edad y escaso talento, y volvamos al asunto.

Es evidente que la dolosa pretension de esa filosofía bastarda, ese magnífico ideal, que la embelesada, que *sufrida y llena de confianza* espera ver realizado *en el porvenir*, es la abolicion de todo dogma religioso, y la emancipacion de la moral haciéndola descender al terreno de la inspeccion filosófica; mas sin el dogma ¿qué sería de la moral? ¿ó qué otra cosa es la moral, en su mayor parte, que la aplicacion práctica del mismo dogma? la solucion de altísimas cuestiones prácticas, que nunca la ra-

(1) Mr. Cousin Introd. á la hist. de la philos.

zon hubiera descifrado por sí misma? En los profundos senos de vuestro corazón ¿no veis dos hombres en perpétua lucha; el uno sometido á la razón; el otro esforzándose á romper el freno y abandonarse al antojo de las pasiones? ¿y quien, sino la fé, sería capaz á señalar definitivamente los respectivos límites y derechos al hombre de la razón y al hombre de los sentidos? ¿quien sino la fé misma, á la que era reservado explicar aquel enigma, que agitara inútilmente el cerebro de los filósofos mas profundos? A pesar de extraordinarios esfuerzos, no han obtenido los mas hábiles de Grecia y Roma, de la China y de las Indias un cuerpo de doctrina moral conforme enteramente con la sana razón; y los mas celebrados sistemas han venido á estrellarse en preocupaciones, en hábitos adquiridos, en las cualidades é inclinaciones del temperamento; en una palabra: en la prodigiosa variedad de las afecciones del corazón humano, que influye tan poderosamente en los juicios de la inteligencia sobre la conducta de la vida. Una cosa es que la razón educada en el cristianismo, ilustrada ya por la revelación, sienta y apruebe un código de moral conforme con el Evangelio; y otra muy distinta sostener que la razón fuese capaz de elevarse por sí misma á concepción tan sublime: un hombre de cierto grado de inteligencia es capaz á comprender el sistema de Newton, ¿siguierase de aquí que á no habersele antes enseñado, él mismo hubiese de darle á luz como parto originario de su ingenio? un fino y delicado gusto descubre las acendradas bellezas de los Homeros, Virgilio y Tasos; y el literato que estático las contempla ¿creyérase inspirado para formar un poema,

que, como á ellos, le hiciese digno del laurel périco? Tal vez se lo prometiese llevado de la aparente facilidad de la empresa; mas «*viera inútil el sudor y la porfia.*» (1)

Y esa filosofía altanera, que desdeñando la doctrina revelada ha querido erigirse en única preceptora de la humanidad, no considera que se ha sublimado en ajenas alas, y que devolviendo al cristianismo lo que le ha usurpado, se quedará en irrisoria desnudez! mas qué importa? reténgalo en buena hora; no subsistirá íntegro en las manos profanas el celestial tesoro; la experiencia nos dice que á medida que la fé se disminuye, se amortigua también, y por último se extingue el sentido moral: que la virtud desfallece, siempre que el dogmatismo la deja abandonada en los brazos de la fatalidad, ó le señala por su único apoyo leyes vagas y problemáticas, sin poder ni sanción. Reparad, pues, cuales sean ya las máximas que ella retiene? á qué está reducida la virtud que encómia? ¿queréis oírlo? á una sábia economía del vicio mismo; que ella fué poderosa para deificarle: á una virtud como la de Epicuro; que hasta en los jardines de Epicuro se recomendaba la moderación en los placeres.

Tan cierto es, Señores, que por la fé católica, y solo por ella, se salvan y consagran en obsequio de la razón y de la filosofía el derecho de las ideas ó verdades primeras y el de la experiencia y de los hechos: que por ella, y solo por ella, obtienen la razón y la filosofía soluciones fijas sobre las grandes cuestiones religiosas ¿reclaman aun con derecho

(1) Horat. *ad Pisones* v. 240. y sig.

la razon y la filosofia un principio fecundo de ilustracion? le obtienen con visible ventaja bajo la influencia del cristianismo.

¿Que nos dice la historia de las ciencias? que hace diez y ocho siglos apenas son conocidas ni cultivadas sino bajo este influjo benéfico, y que los pueblos que de él han carecido, yacen abismados en la ignorancia y la barbarie. ¿Son comparables acaso los grados de conocimiento, que poseen los Chinos y los Indios, con los que han adquirido los pueblos Europeos? En los siglos diez y doce tubieron á la verdad los Arabes alguna tintura de las ciencias, pero tambien es cierto que la habian recibido de las naciones cristianas, y que donde quiera que ellos han conseguido reinar, allí se ha establecido el sombrío ominoso imperio de una grosera ignorancia: era esto muy análogo al tenebroso genio del mahometismo, y á la sagaz politica del Seudoprofeta para que se velasen las sandeces y absurdos del Coran.

Pero el cristianismo, ya aspirase á plantar la bandera sacrosanta en medio de los yelos del norte, ya en los vastos arenales del abrasado sud, á todas partes ha llevado las ciencias con la civilizacion y las costumbres; y donde él ha desaparecido, se ha visto un retroceso á la barbarie: los moradores de las costas de Africa, como los del Egipto fueron ilustrados, mientras recibian la luz del evangelio; retirales sus rayos la divina antorcha, y se quedan sumidos en profunda noche: y la Grecia, esa en otro tiempo fecunda patria de los sabios, de los artistas y filósofos ¿por qué fatal estrella gime inconsolable en la esterilidad? ¿háse mudado en ella su naturaleza y benéfico clima? No: es que yace oprimida ba-

jo el cetro ominoso de un gobierno tan enemigo de las luces, como del cristianismo.

Si no temiese abusar yo de la benevolencia, que me dispensais, con datos positivos de la historia científica y literaria os hiciera ver: que mas que en profanas aras, donde se alimenta una livida llama, se enciende en las de la religion la antorcha luminosa del ingenio: que ha sido destinada esa hija del cielo en los siglos de oscurantismo á luchar con la ignorancia, y en los de ilustracion á dirigir los progresos de la ciencia. Lejos de impedirlo, pues, se complace altamente en que se cultiven todos los ramos del humano saber, y en que sean aplicados al beneficio del hombre mismo; porque ella consagra y santifica todo cuanto hermosa la sociedad sin corromperla, cuanto contribuye á la prosperidad pública sin riesgo de la fé y de la moral; la ignorancia y la preocupacion es lo que teme: porque ella misma, como el astro del dia, si ha logrado disipar la densa nube ¿no aparece radiante y esplendorosa, cuando una sana ciencia desvanece las tinieblas, que pudieran eclipsar su brillo? A haberla favorecido los primeros pasos de la ciencia, y sidola perjudiciales sus progresos, en este solo caso pudiera rezelarse de la ilustracion; pero hoy cabalmente, cuando los cálculos matemáticos, las constantes observaciones y ensayos de la experiencia imprimen á aquella maravilloso impulso, hoy mas que nunca se reconoce que «*Dios envió al mundo, como dice Bacon, su divina verdad acompañada de las ciencias, para que estas la fueran sirvientes y auxiliares.*» (1)

(1) F. Bacon, de *elementis scientiar.* Londres 1818.

Sirvierte es y auxiliar de la verdad divina la etnografía, cuando trabaja con feliz éxito en reducir á alguno de los tipos conocidos, indo-europeo, semítico y malayo las lenguas que parecían independientes; con especialidad las del interior del Africa y el sinnúmero de dialectos del hemisferio occidental; cuando por medio de la comparación léxica y gramatical evidencia el comun origen de aquellas grandes familias y la centella divina que en ellas luce, que trasciende á las mas lejanas ramificaciones, á los dialectos menos cultivados.

Sirvierte es y auxiliar de la verdad divina la historia natural, afirmando, como resultado de sus investigaciones: que todas las variedades de la especie humana, diseminadas por la superficie del globo, suben tambien clasificando por grupos á una familia comun; y que tanto su color, como su forma están sujetos á la influencia de exteriores agentes y á la accion de la sensibilidad é inteligencia, que en su desarrollo obran como principios modificantes en el cráneo por un medio, que se oculta á la investigación científica; pero cuyo efecto se palpa diariamente en los Estados unidos y en las Antillas. *Sirvierte es y auxiliar de la verdad divina* la fisiología, mostrando que las curaciones, que la divina escritura refiere por milagrosas, no pueden suponerse efectos naturales; y rebatiendo victoriosamente las objeciones de algunos médicos alemanes contra lo mas importante del nuevo testamento: la muerte y resurreccion de Jesus. *Sirvierte es y auxiliar de la verdad divina* la geología, cuando desvanece pretensiones aventuradas de algunos geólogos, que observando las lavas volcánicas y las diferentes

capas de la corteza del globo, han querido atribuir al mundo mas antigüedad, que le da el Génesis: lo es, cuando para explicar los fósiles monstruosos hallados en las entrañas profundas de la tierra, y que pudieran apenas ser efecto del mas violento diluvio, reproduce la tradicion de las cosmogonias antiguas (autorizada por algunos Padres de la Iglesia) sobre un período indefinido de sucesivas revoluciones desde el instante de la producción de la materia hasta su organización definitiva: período, en que la tierra se supone destruida y renovada, y sujeta á violentas convulsiones, procedentes de un fuego central, que en ella se conjetura por observaciones de la ciencia: todo lo que se armoniza muy bien con lo que dice Moises: que al tiempo de la formación del globo todo se hallaba en tenebroso caos. (1) *Sirve a la verdad divina* la geología, cuando observa que la disposición de los restos orgánicos, descubiertos en las diferentes capas de nuestro globo, corresponde con exactitud al orden, en que fueron producidos los seres en el espacio de los seis días, que refiere el historiador sagrado, los que pudieran crearse períodos indefinidos. Presta en fin *auxilio* la geología á la *verdad divina*, cuando demuestra el importante suceso del diluvio, observando los vestigios de una monstruosa corriente en los valles de denudación y en las rocas erráticas, y la multitud de variados fósiles, muchos de ellos exóticos, descubiertos en las cavernas de huesos y terrenos diluvianos. *Sirvientes son y auxiliares de la verdad divina* la cronología y la historia, la astronomía y arqueo-

(1) Génes. 1. y. 2.



logía, uniéndose de consuno para rectificar algunos anacronismos de que ligeramente era acusada la Biblia: descubriendo ficciones mitológicas en las dinastías y antiquísimos anales de los Indios, Chinos y Egipcios, de que se hiciera uso con formidable aparato contra la relación del cronólogo inspirado; y falsificando en crédito del mismo la antigüedad remotísima atribuida por algunos sabios á los zodiacos de Denderah y Esneh, descubiertos en la expedición al Egipto bajo el mando de Buonaparte. *Sirven á la divina verdad* la crítica y filología dirigiendo su vista escrutadora á las naciones orientales para descubrir, á favor de su carácter de sijeza inalterable, noticias conducentes á ilustrar mil pasajes y alusiones del sagrado testo ridiculizadas por la impiedad. *Sirvientes y auxiliares* son, en fin, de la *verdad divina* las ciencias todas, que cual si hubieran oído el lastimero acento del soberano alcázar, y como ruborizadas por haber dirigido un día bruscos y apasionados ataques contra la benéfica reina del ingenio, la rinden vasallaje, la ofrecen sus recursos, se aprestan á consolidar su trono, y parten con ella los despojos legítimos de la preocupacion, de la ignorancia, de la superficial y liviana ciencia.

Pasad ya una revista al dilatado país de la sabiduría; el mas sábio de los hombres no osaría repetir lo que el ambicioso conquistador, que á vista de los trofeos del oriente suspiró, porque no le restaban nuevos mundos que subyugar: segun que el hombre científico multiplica adquisiciones en el vasto y variado campo de la naturaleza, descubre que los mundos de la sabiduría son infinitos, y que so-

meten á su investigacion multitud de seres, que le obligan á pensar con modestia de sus luces. Se ha dicho con entusiasmo que en el actual estado de la ciencia el mundo es un juguete en la mano del hombre: y así es la verdad; pues que el hombre científico, siendo reflexivo, no puede menos de confesar que es un niño.

Y esa noble modestia, último resultado de una ciencia sólida ¡con qué eficacia conduce el espíritu á formar de la Religion ideas grandes y elevadas! Ved al hombre ocupado en los pequeños negocios de la vida: presumirá altamente de sí mismo, mientras adquiere un modo de pensar muy limitado y mezquino; mas cuando, ilustrado por la ciencia y sirviéndose de los procedimientos de la óptica, dirige sus miradas á contemplar aquellas enormes masas de los cuerpos luminosos, que giran en el espacio, su orden é invariable concierto, su distancia y rapidez inconcebibles; y cuando luego descende á esta region humilde, y se ve forzado á reconocer en la infima gerarquía de los seres el gran poder de la naturaleza, no ya como Plinio, en el fino mecanismo de un insecto, en los órganos y matrices de una flor; sí mas bien en esa infinidad de animalitos microscópicos, de los que millares hacinados no formarían el volumen de un grano de mijo; y que sin embargo existen, tienen su forma, su movimiento, su completa organizacion y funciones vitales ¡qué expansion de espíritu, mezclada de profundo respeto, experimenta ya el observador ingenuo y ¡como se ve impelido instintivamente á adorar extático y asombrado (no ya á la naturaleza, que nada significa, sino el conjunto armónico de

los seres y las leyes que le rigen) si al artífice y legislador supremo, que en esa obra estupenda ha hecho reflejar de un modo tan sublime, tan magnífico su poder y sabiduría insondables! ¡Qué rendimiento cordial y sincero se vé impelido á tributar á los profundos arcanos, que en ese mundo invisible, á que no alcanza la intuición y la experiencia, le descubre la revelacion digno órgano de la verdad suprema!

Y aquesta luz celeste se refleja á la vez en el dorado escudo de la ciencia para reproducirse en mil antorchas de resplandor divino, que le esclarecen la limitada esfera de sus ideas; que le descubren nuevo y seguro campo de investigaciones científicas y de verdades útiles; y le muestran el inminente extravío de su inteligencia, si engolfándose en los goces y riqueza material, fomentada por las ciencias de aplicacion, desdeña sazonar los estudios naturales con el de la Religion y de la filosofía del espíritu humano. Así se enlazan y se prestan recíproco apoyo la Religion y las ciencias, y así conspiran de comun acuerdo á alejar de nosotros el espíritu de estupor y glacial egoismo, acrisolando el sentimiento moral, que nace de la indagacion de la verdad, como de la práctica de la virtud: aquella satisfaccion, pura, ingénua, elevada, que franquea el corazon á los sentimientos nobles y generosos, y da soltura y vivacidad al ingenio.

No temais, no: que bajo la influencia de la religion cristiana se amortigüe el noble entusiasmo; antes bien le consagra y purifica: ni que sea tan austera que, fatigado el espíritu en ocupaciones penosas y estudios desabridos, le niegue solazarse en

los floridos valles, que habitan las musas. ¿No ofrece ella misma en la escritura sagrada producciones bellísimas, en que se descubren ideas mas sublimes, imágenes mas vivas y animadas, pinturas mas ardientes y magníficas, sentimientos mas tiernos, mas delicados y patéticos, que en los grandes poémas de Grecia y Roma? Abrid los tréanos de Jeremías ¡qué elegíaco lamentaba la ruina de la ciudad santa! los Salmos de David... ¡qué lírico inspirado ocupaba algun dia el trono de Israel! En estas vivas y cristalinas fuentes habria de beber la juventud estudiosa; y no en pozos y cisternas inmundas, que pudieran contagiaria! ¡no en las furtivas aguas, que halagüen para el gusto, inoculan el tósigo letal! No que sea desdeñada la antigua literatura; que en ella tubieron los apologistas de la religion cristiana un arsenal, de que sacaban armas muy lucidas contra el politeísmo: esa Religion la salvó de la barbarie: esa Religion la transmitió á la posteridad: no que se vitupere la erudicion profana; pues que ella misma elevando nuestro ingenio, le hace formar de la divinidad y del mundo espiritual grandiosas concepciones. En el género épico, y sobre todo en el alto lírico, se hallan pensamientos tan enérgicos, que parece derramarse nueva luz sobre todo lo que nos cerca; y el alma se ve como transportada por la magnificencia de las imágenes y la grandeza de los sentimientos: auxilio felicísimo, no solo para estender y enlazar nuestros conceptos, sino para llenar nuestro espíritu de un noble ardoroso fuego, para impeler nuestras pasiones hácia los mejores objetos y elevarnos alguna vez hasta la devocion mas sublime.



Mas ni por eso el frio autor de la historia inglesa «*de la decadencia del imperio romano*» (1) tenia motivo para echar menos el paganismo, cuando nos pinta con suma complacencia la devocion del politeista, y el desprecio interior, con que miraba el filósofo el culto idólatra: el Cristianismo lleva cabalmente un carácter peculiar de su origen divino en ser acomodado á todos los ingenios, estrechándose en él con lazos íntimos la verdad, la virtud y la belleza: al sábio en su gabinete le ofrece altas especulaciones filosóficas; y es no menos poderoso á inflamar la imaginacion de la multitud, mostrándola venerables arcanos, grandes y elevadas idéas, rasgos del mas sublime heroismo y un culto esterior espléndido y severo; y todo esto resurtiendo en la fantasía del poeta ¡qué animacion pudiera darle! ¡qué arrebatado vuelo! los Miltones y Tasos ¿han tenido que envidiar mucho á los Virgilio y Homeros? Mas ya que se conserve hácia la antigüedad esa ciega veneracion y supersticiosa deferencia ¿tubiera nadie un derecho para hacer cargo al cristianismo, de que haya transcurrido la época de la imaginacion vivaz y creadora? Los que han observado con ojos filosóficos el desarrollo del espíritu humano, saben muy bien que naturalmente se ha debilitado el vigor de la imaginacion, á medida que el talento y raciocinio han progresado: ni habrían de convenirle al mundo en su edad varonil ó decrepita las fruslerías de la niñez ó el gigantesco brio de una juventud lozana.

No: la poesía no ha de circunscribirse á tan mez-

(1) Gibon.

quina esfera: si ha de ofrecer al alma dulce embeloso, menos aun si ha de herirla, si inflamarla, no necesita de las caprichosas deidades mitológicas, ni de sus misterios nefandos, ni de las danzas de fáunos y silvanos, ni poblar los mares de tritones, los montes y rios de bellas ninfas, ni de sombras errantes los bordes del Cocito. El poeta ha de presentar el mundo animado; y las deidades del paganismo tenían que multiplicarse, porque eran muy limitadas en accion y poderio; mas el cristianismo, reconociendo un Ser que lo llena todo con su inmensidad, con su influencia vivificadora y con las efusiones de su amor benéfico, anima el universo de un modo mas grandioso, y ofrece un nuevo tipo de sublimidad y de belleza.

Ese mismo ser infinito, objeto de su culto, los seres sobrenaturales y verdades augustas que revela, tanto mas favorecen al fuerte sentimiento de la sublimidad, cuanto que exceden sobremanera al tipo ideal, que preside á las ordinarias concepciones de la poesía: la imaginacion, incapaz de abarcar aquellos objetos en toda su estension, tiene que limitarlos, es verdad, apelando á la creacion fantástica; pero antes hará un esfuerzo: se elevará sobre sí misma, se enagenará, se inflamará en divino fuego; y sus conceptos no podran menos de ser grandiosos, valientes sus imágenes, brillantes y atrevidas sus metáforas, y todo su lenguaje, sublime, encantador, animado de una inspiracion santa. Y ¿de donde podría mejor la reina de la poesía (1) evocar noble entusiasmo, cuando ha de pulsar los

(1) La lirica.

delicados resortes del corazón humano para inflamarlo ó enternecerle, para abatirle ó elevarle, para excitar en él la variedad casi infinita de sentimientos y afecciones, á que se presta la sensibilidad, de que es dotado? Y ¡qué bella es el alma herida por las flechas de casta dilección! penetrada de un contento divino á las tristes reflexiones ó crueles agitaciones del dolor, y anegada en dulce melancolía, mas encantadora que todos los placeres anacreónticos!

Ni os sonrojarías de que la nueva Caliope se os dejase ver con ropaje teñido en humana sangre! no es la sangre que bermejeaba en los infames triunfos de los opresores de la humanidad, á quienes celebraba la trompa épica, á quienes se consagraban himnos sublimes y la plácida mansion de los Elisios! ni porque apareciese empañada la beldad de su semblante; ella os diría: «*morena soy; pero hermosa, como las tiendas de Cedar*»..... *los rayos del sol me han quitado la color;*» (1) porque he cifrado mi gloria en trabajar, y sudar, y fatigarme, y sacrificarme toda en obsequio de la humanidad envilecida!

Y si «la mala filosofía, como ha dicho La Harpe, »todo lo maléa, aun el talento poético» (2) ¿no se ofreciera una vasta y luminosa atmósfera á la actividad de los ingenios, conciliándose la literatura con la sana filosofía, que todo lo dignifica, y habiendo de ser ella la expresión genuina del estado social bajo la influencia de un principio el mas fecundo

de civilización y de prosperidad? Bajo este punto de vista satisface también el cristianismo á las reclamaciones de la razón humana.

No está el secreto de gobernar un pueblo y hacerle dichoso, en facilitarle prosperidad material y goces animales; otras necesidades tiene el hombre mas imperiosas: las del espíritu, que reclaman el noble alimento de la verdad y de la virtud. Por eso la Religión, único eficaz resorte para que la sana moral obtenga en los corazones un poderoso imperio, debe estar enlazada del modo mas íntimo con las operaciones de la vida civil; y el construir una sociedad, en que la Religión se escluyese de las leyes é instituciones políticas, fuera edificar sobre una base movediza y ruinosa: sobre el interés y la fuerza, que darían por último resultado el desorden anárquico. La historia del origen y vicisitudes de los imperios, las teorías y práctica de los mas célebres políticos vienen unánimes á comprobar este dicho de un famoso publicista: «si la adhesión al »culto divino es la prueba mas positiva de la grandeza de un estado, el desprecio de la Religión es la »causa mas positiva de su decadencia.» (1) «¡Cosa »admirable! dice otro no menos célebre: la Religión »cristiana, que parece no tener mas objeto, que la »felicidad de la otra vida, hace también nuestra dicha en la presente.» (2)

¡Qué influencia vivificadora haya ejercido en la sociedad el cristianismo! qué nuevo y feliz impulso la haya comunicado! pudiera desconocerlo quien

(1) *Cantic. 1. v. 4 y 5.*

(2) *La Harpe Cours de Littéral, 18 siècle. POÉSIE.*

(1) *Maquiavelo: Reflexions sur Tit. Liv. libr. 1. c. 2.*

(2) *Montesquieu: Esprit des lois libr. 24. c. 3.*

ignorase los primeros rudimentos de la historia del mundo. ¡Cuan eminentemente social y civilizador sea la doctrina evangélica! solo podría ignorarlo el que la desconozca, y el que sordo á la voz de la esperiencia y de la sana razon, no advierta en esa multitud de utopías, legítimo aborto de una filosofía extraviada, el germen disolvente, que destruiría el equilibrio social: que conmovería las bases intelectuales y políticas: que arrancaría de cuajo los cimientos de la sociedad; y sumergiría los pueblos en la barbarie culta, mas fecunda en horrores, que la selvática. Los dógmas sociales del cristianismo fortalecen la autoridad, las leyes y los deberes mútuos: la autoridad; porque si bien el evangelio no consagra espresamente ninguna de las formas particulares de gobierno, imprime no obstante á la autoridad constituida (cualquiera que ella sea) un carácter muy sagrado; y reprueba altamente aquellas teorías tan absurdas como sediciosas, que no lisonjean á la multitud, sino para estraviarla; ni ensalzan sus derechos, sino para hacerla quebrantar sus mas sagrados deberes: vigoriza el cristianismo las leyes humanas, proponiéndolas, no como reglas de utilidad, sino de conciencia, que inducen obligacion en el tribunal divino, como en el humano: ennoblece así, y dulcifica la condicion del súbdito, mientras hace respetable el eco de la ley y la espada de la justicia: fortalece en fin el cristianismo los deberes recíprocos, cuando les presta por medio del juramento una garantia divina, que preserva los pueblos de los caprichos tiránicos, mientras que á los depositarios del poder los pone á cubierto de populares tumultos.

Foméntese pues el legítimo influjo de la religion cristiana sobre la razon individual y sobre la razon pública; muy pronto se vieran mejoradas la sociedad doméstica y la civil: desapareciera la febril ambicion, que devora las entrañas del mundo político; y surgirían la paz y el orden, para reanimarle: se ahuyentarían el lujo y la inmoralidad, que le corroe y empobrece; y aparecerían en su lugar virtudes evangélicas para vivificarle y hacerle floreciente. Solo así fuera realizable aquel estado de sociedad universal, en que uniéndose todas las ideas y conciliándose todos los intereses, los hombres se mirasen cual miembros de una misma familia, estrechados con el hermoso lazo de la fraternidad; y cuando bajo la égida de la paz, del orden y de la justicia brillasen las ciencias con toda su pompa y esplendidez: la agricultura, la industria, el comercio tocasen el grado culminante de su perfeccion; y se abriesen de un modo perenne los manantiales todos de prosperidad pública.

Y esto que en boca de la politica panteista no pasa de un bello ideal ¿podría servir al mundo de feliz presápio? Las visiones inútiles de una filosofía, que delira ¿reflejarían acaso un porvenir de gloria y felicidad, armonizados definitivamente los derechos de la razon humana con las preeminencias de la fé católica? ¡Tal vez sea este el cambio próximo y radical, que en el destino del género humano han previsto de un modo confuso los hombres mas reflexivos y los mas ilustrados escritores!: esta la solucion de la grande crisis, que en el espíritu de la humanidad nos revelan ya hace tiempo sus terribles convulsiones y agitacion continua! ¿Pudie,

ramos, ¡ah! ¿pudiéramos ver nosotros el venturoso lema de esa alianza eterna en el frontispicio del magnífico templo, que á la humana sabiduría le prepara nuestro siglo? ¿Viéran mis ojos las suaves emanaciones de luz consoladora, que de allí brotasen para bañar nuestro horizonte, para difundirse por los dorados palacios y los régios alcázares, y penetrar hasta los mas humildes é insalubres hogares?

Pero si esto es una ilusion de mi fantasia, si tal vez la sincera expresion de mis ardientes votos, mas que de la tendencia de nuestro siglo, lo diré con ingenuidad: en él nada vería, Señores, mas que un ídolo vano, á quien la carcoma destruye en el mismo altar, en que recibe homenajes divinos!; lo diré francamente: yo no pudiera tributarle incienso!; que al través de la gasa dorada, que cubre el monumento de su gloria, en medio de las brillantes luces, que en torno suyo se derraman con profusion ostentosa, yo divisaría un triste féretro para la Religion de que soy ministro!...

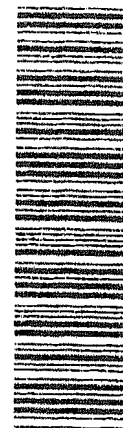
Pero bien que no sea concedido á nuestra penetracion descifrar en la oscuridad del porvenir la futura suerte del humano linage ¡cuan importante, á la par que augusta, aparece en todo caso vuestra mision, Exemo. Señor, muy dignos profesores, que habeis consagrado vuestras tareas y vigiliás á propagar la ilustracion verdadera! (permitid hoy que el infimo de este cuerpo literario os dirija su palabra: pobre si; pero animada del ardiente deseo del bien de la humanidad.) De un interes vital es para ella el sabio y juicioso desempeño de nuestra profesion honrosa: la educacion es el imperio inte-

lectual, y tambien el reinado político: es el único medio de regeneracion para un estado; porque la educacion es el hombre. ¿Donde está pues el frio materialista y el despreciable misántropo que se abroguen el título de sabios, sin ninguna de las verdades luminosas que elevan el espíritu, sin ningun sentimiento de los que mejoran el corazon? Seres tan funestos, como degradados no profanen jamas los umbrales de la ciencia! inspiren aversion eterna en los planteles de la educacion, dó se franquee el alma de los profesores á las ilustraciones de la luz sublime! dó se inflame en su pecho el ardoroso zelo del bien de la Religion y del Estado! la juventud recogerá de nuestra boca los sentimientos religiosos y humanitarios que nos animen: en su corazon prenderá á su vez la sagrada flama; y de sus labios se desprenderán raudales de sabiduría, que lleven por todas partes la luz vivificante. ¡Qué pura satisfaccion será la nuestra, si á los discípulos, que nos rodean, los vemos un dia en el firmamento religioso y político lumbreras clarísimas! si los vemos cual ástros de primera magnitud, que luzcan é influyan para bien del mundo! á vosotros ¡bella esperanza de la Religion y del Estado, que venis á consagrar á la sabiduría la flor de vuestra vida! á vosotros, con especialidad, los que aquí, en este santuario suyo, tan venerable por los hombres eminentes, que ha producido desde su ereccion por el muy digno Arzobispo D. Fernando Valdes y Sálas, habeis de obtener un lucido testimonio de vuestra aplicacion y talentos! (1)

(1) Coincidía la solemne distribucion de los premios ordinarios.

Ardua, resbaladiza es la carrera, en que os habeis lanzado; pero noble y honorífica y mezclada á su vez de puras delicias, cuales no se han gozado en los jardines de Alcínoo, ni en las sombras de Tesália. Armaos ya de noble fortaleza; y precaveos contra el espíritu de decision, de novedad y arrogancia, que pudiera precipitar vuestra razon inexperta. Cautelaos con el escudo de la ciencia, de la ciencia modesta y sóbria, contra ese, que se ha titulado bello mundo, á cuyos ojos la incredulidad es el distintivo de un espíritu fuerte; y la fé, la porcion de almas flacas y pusilánimes: y adornando vuestra alma con el precioso esmalte de sublimes virtudes, cautelaos tambien contra todas las pasiones, que inficionando vuestro corazon, oscurecieran el hermoso cielo de vuestra inteligencia. Oyérais ¡ah! oyerais entonces la meliflua voz de la sabiduría, que jamas se percibe en la embriaguez y en el tumulto de los placeres: la permitiríais que hablase á solas á vuestro corazon: que en él influyese; que le elevase con el fuego divino que ella inspira: ¡pudierais entonces ¡ó jóvenes! ser útiles á la Religion, á la humanidad, á esa patria, que puede mostrar tantos y tan hermosos timbres de heroicidad y patriotismo, de valor y constancia, de prudencia y sabiduría!

HE DICHO.



J00547801